

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

«A los pueblos de Austria-Hungría, a los cuales deseamos reservar un puesto entre las Naciones, debe facilitárseles, lo más pronto posible, un desenvolvimiento autónomo.»

LOS EQUÍVOCOS DE DOS NACIONES MANUMITIDAS

Tal era el décimo de los catorce puntos que integraban el histórico mensaje del Presidente Wilson de 8 de enero de 1918. La promesa que se brinda en el punto transcrito no representa otra cosa que la versión articulada de un *slogan* ampliamente difundido que se abrió paso en la fase epilodal de la guerra europea número uno: «el derecho de los pueblos a disponer de sus destinos». Todo *slogan*, por responder a la condición de tal, porta en sus entrañas un inquietante factor de peligrosidad, riesgo desprendido de la imprecisión inherente a toda frase hecha. Pero en el caso citado puede decirse que la traducción, obligadamente imprecisa, del citado *slogan*, ofrecida por el Presidente Wilson, portaba una más acentuada peligrosidad que la implicada en frases hechas similares; todo ello por consideraciones de tipo evidente.

Ya en la Europa anterior a Sarajevo se aludía insistentemente al gravísimo problema de su balkanización creciente, alusión que se refería a un sector del viejo mundo acentuadamente neurálgico y en cuyo seno se registraban síntomas de inestabilidad preocupante. Pero los que hacían la mencionada alusión no parecían percatarse de una evidencia: que si la balkanización no había perturbado la paz de Europa desde 1878 a 1912, esa tregua aparentemente extraña debió achacarse a la proyección aglutinante del

Imperio austrohúngaro, elemento de equilibrio evidente y aun factor de avenencia respecto del sector danubiano de Europa. Cuando un mal se prolonga en el orden del tiempo, tal vitalidad podrá no ser el producto de factores biológicos, pero indudablemente se apoya sobre elementos fácticos que en modo alguno deben ser sistemáticamente desdeñados. Todo lo cual induce a creer que constituyendo la Monarquía bicéfala una experiencia reprochable por múltiples razones, ello no obstante debería considerarse como un mal necesario e incluso merecedor de una condicionada prórroga, una vez que dentro del amplio marco austrohúngaro se otorgase una creciente autonomía a sus elementos integrantes, reajuste que acaso podría alcanzarse a través de una federación progresiva.

Esa suma de consideraciones con las cuales era dable nutrir una política internacional realista fueron desdeñadas y todo se pospuso a las exigencias de un *slogan* provisto de una engañosa y atra-yente sonoridad, pero carente de posibilidades constructivas, sobre todo si se aplicaba sistemática e imprudentemente.

Se abrió así un nuevo proceso histórico en Europa, cuyas dramáticas repercusiones no lograron entrever quienes precipitada e imprudentemente decretaron la disolución del Imperio austrohúngaro. Ya entonces ese achaque, hoy tan agudizado —el desequilibrio de fuerzas—, se iniciaba con imprevisibles perspectivas, no sólo por contenido, sino aún más por contraste. Frente a una Monarquía disuelta política y territorialmente, prolongaba su vigencia una Alemania parcialmente amputada, vencida, conservando enormes posibilidades y en condiciones de rehacer su vida y alcanzar, más tarde o más temprano, la reencarnación de su inevitable protagonismo. En contraste con tal realidad, el hecho concreto de una República austríaca repentinamente desconectada de su plurisecular destino, escamoteándose así a Europa un elemento básico e imprescindible para lograr la prolongación del sistema de la *balance of power*, solución emergente, pero única, de modo inmediato al alcance de aquella Europa postbélica.

El Imperio austrohúngaro, que había actuado como elemento de contención respecto del paneslavismo —acuciado y explotado por Rusia—, al ser eliminado ponía al alcance de la U. R. S. S. una coyuntura de penetración en dirección occidental. De modo inmediato, adentrada Rusia en el período inicial de un complejo proceso revolucionario, no fué dable valorar lo que tal vacío da-

nubiano y balcánico representaba para la U. R. S. S.; pero a largo plazo parecía evidente que Rusia había de retirar provecho de la carencia austríaca, y si hoy cuantos cooperaron en el logro de la disolución del Imperio austrohúngaro tornasen la vista hacia el pasado y se retrorayesen no más que cuarenta y un años de historia, no sin sorpresa, e incluso con explicable remordimiento, deducirían lo que sigue: pretendiendo otorgar plena soberanía a los pueblos que habían de renacer o engrandecerse a expensas del disuelto Imperio austrohúngaro (Polonia, Tchecoeslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria), en realidad presenciaban este epílogo: las naciones precedentemente enumeradas se ven hoy enfrentadas con el dramático problema de su satelización en beneficio exclusivo del imperialismo soviético. Compárese lo que esas naciones eran en 1918, con el grado de sumisión que hoy padecen, y del parangón se inducen consecuencias que nos parece innecesario destacar.

Las anteriores consideraciones pueden brindarse a los obcecados con la puesta en práctica del sistema que se ha bautizado con el rótulo de inmediatismo; estos partidarios del momentismo se preguntan, aún más atónitos que extrañados, cómo Rusia pudo transformar en un conjunto de naciones satelizadas a esos pueblos desligados de la dinastía de los Habsburgos, y no vacilan en afirmar que tal desenlace es preciso inscribirlo en el haber de una sedicente capacidad dialéctica de tipo diabólico, monopolio de la U. R. S. S., cuando en realidad Rusia no hizo otra cosa que almacenar la cosecha que en su beneficio habían sembrado los mioses de 1918. La historia de hoy no es producto de lo acaecido de modo inmediato en el orden del tiempo; generalmente es el fruto de una evolución más dilatada que escapa frecuentemente a la penetración de los *inmediatistas*.

Hasta aquí hemos aducido sólo uno de los aspectos del problema que estamos analizando, pero resta por considerar otro no menos trascendente que el anteriormente citado, porque si hemos hablado de los pueblos desprendidos en 1919 de la órbita del Imperio austrohúngaro, la exposición del problema pecaría por incompleta si no hiciésemos mención específica del único vestigio de ese pasado imperial: Austria.

El destino de Austria tras la disolución del Imperio decretada en 1919 podía interpretarse en el orden próximo o valorarse en su significación remota. Austria, desconectada del Imperio, queda-

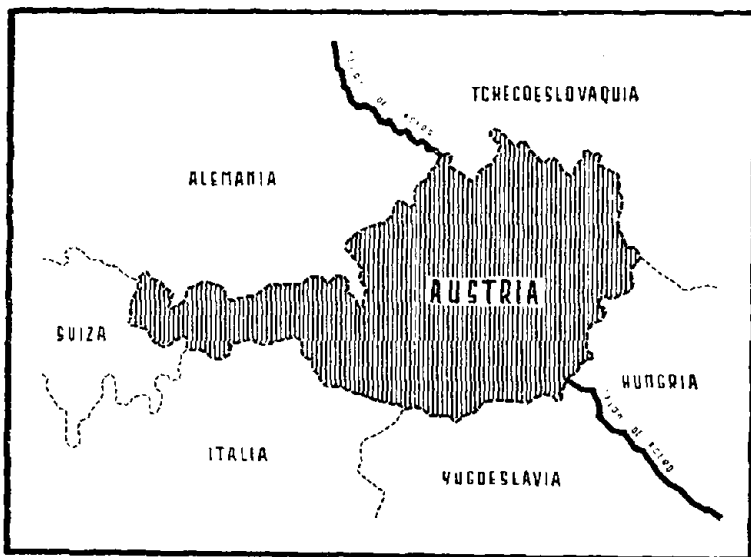
ba cual una cabeza separada del tronco, y en tal sentido la vida de la ex monarquía, reducida espacialmente a un área limitada, debía considerarse, si no inviable, cuando menos sometida a la doble proyección de la complejidad y el azar.

El problema implicado en la mencionada desconexión no se planteó agudamente de modo inmediato, ya que ninguno de los verosímiles polos de atracción se encontraban en 1919 en condiciones de atraer hacia sí el astro desprendido del Imperio austriaco; ni Alemania, a la sazón vencida y en período de inicial convalecencia, ni Rusia, absorbida entonces plenamente por la proyección de un proceso revolucionario en período inicial, podían hacer acto de presencia respecto de la nación recientemente desconectada de su todo. Pero cuando Alemania fué recuperando los artilugios que habían de permitirle recuperar su protagonismo, la imagen del *Anschluss* hizo su aparición, finalizando ese proceso absorbente con la inclusión austriaca en el ámbito político del III Reich. Ahora, aleccionados por esa experiencia, que no sería prudente considerar de imposible reedición, los negociadores han tratado de evitar una posible reiteración del *Anschluss*, precaución ineficiente si Austria no encuentra en su nuevo *status* perceptibles condiciones de viabilidad.

Rusia considera que no debe descartarse en el reloj europeo la nueva hora de Alemania y pugna por no malograr su específica coyuntura, para lo cual ha sorprendido al mundo —por otra parte muy inclinado a la perplejidad, achaque específico de quienes carecen de capacidad de previsión— sugiriendo la conclusión del tratado signado el día 15 de mayo de 1955, pacto que no impediría a Rusia alcanzar esta triple y no desdeñable finalidad:

- 1.º Convertir a la República austriaca en una especie de Estado-tapón, lámina que logre aislar a los aliados occidentales entre sí introduciendo una solución de continuidad territorial entre Alemania e Italia. (Sobre este problema del neutralismo como nuevo instrumento en la técnica de la «guerra fría», será necesario que tratemos en otra ocasión.)
- 2.º Crear un Austria neutral, prácticamente desarmada y, como tal, inerte y susceptible de fácil invasión. Limitando al Norte y Este con Tchecoeslovaquia y Hungría, estaría siempre a merced de éstos dos satélites rusos. Esto aparte la experiencia recogida en ambas guerras respecto de Bélgica y Luxemburgo, y en la última contienda, en lo que atañe a Holanda y Dinamarca, parece revelar que la garantía de intangibilidad

ofrecida a los Estados neutralizados no tiene más vigencia que la consentida por las potencias a las cuales puede interesar la transformación de esos territorios, teóricamente neutrales a perennidad, en campos de batalla. 3.^a Si un país ocupado desde hace diez años por efectivos militares de cuatro potencias puede ahora recibir los aparentes beneficios de la evacuación, ¿por qué no agitar en calidad de señuelo ese epílogo en lo que a Alemania atañe? No se olvide que las potencias signatarias del tratado de paz con Austria son las mismas que andan ahora afaenadas con la posible puesta en práctica de la sedicente «coexistencia pacífica», que unos respaldan por consideraciones de política preelectoral, que otros toleran ante el temor de verse tildados de belicistas y que algunos manipulan porque ello fortalece su política de aspavientos, capaz de alimentar una nueva y disociadora ofensiva de paz.



Además, no se olvide cuál es la posición geopolítica de Austria; limitando al Norte con Tchecoeslovaquia, al Este con Hungría, al Sur con Yugoslavia e Italia (sobre la primera de las dos naciones se está ahora desencadenando una ofensiva de desconexión respecto del Occidente), al Noroeste con Alemania y al Oeste con Suiza; así se encuentra enclavada en una zona colindante respecto de los países situados a uno y otro lado del telón de acero, factor posicional que la convierte en punto neurálgico de Eu-

ropa y en atalaya desde la cual pueda irradiar, con todas sus complicaciones, una enrevesada red de espionaje. Toda esta suma de factores transforma el problema austriaco en una cuestión no resuelta, porque una latencia peligrosa seguirá tendiendo vigencia, reflejada en la separación temática e ideológica de dos mundos discrepantes.

Tal vez la única incógnita que puede ser despejada es la concerniente a una posible reaparición de un nuevo *Anschluss*, realizable en los años que antecedieron a la segunda gran guerra, pero en la actualidad menos verosímil, habida cuenta de dos factores: 1.º Que al *Anschluss* debe preceder necesariamente la reunificación de Alemania; 2.º Que Rusia está en condiciones de malograr cualquier intento encaminado a incluir a la República austriaca en la Alemania del futuro.

Por explicable asociación de ideas, el análisis del problema austriaco nos lleva a considerar otra gran cuestión: la concerniente a la firma del Tratado de paz con la Alemania Federal, a su inclusión en la O. T. A. N y a su articulación en el dispositivo precautorio del mundo libre. El Canciller Adenauer, por muchos considerado como el auténtico manumitidor de una Alemania vencida y militarmente ocupada, debe ser valorado como un gran europeizante, acaso en medida y convicción no tan ardientemente compartida por los otros hombres de Estado del mundo occidental. Aun cuando Adenauer, entre sus fines próximos ha incluido el de conseguir la instauración de una Europa séxtuple, ello no quiere en modo alguno significar que el Canciller alemán considere la sedicente «pequeña Europa» como un fin último y aquietante, sino en cuanto etapa previa para avanzar en el camino que lleva a la consecución de más altos designios, por cuanto confinada la Alemania federal en el dispositivo defensivo occidental, tal adscripción implicaría la lógica consecuencia de diferir, ilimitadamente, el problema de la unificación alemana, aspiración que Adenauer no puede en modo alguno desdeñar, ya que esa desiderata es compartida unánimemente por todos los alemanes. Prueba de que Adenauer concentra su ambición en la posible unificación alemana nos la brinda el contenido de la proclama dirigida al pueblo alemán desde Bonn el día en que la Alemania federal fué reintegrada a su plena soberanía y que sustancialmente quiere significar lo que sigue: los cincuenta millones de alemanes reintegrados a su vida libre piensan en los otros millones separados por la fuer-

za y viviendo sin libertad ni justicia; se les dice además: «Siempre podéis contar con nosotros porque, juntos con el mundo libre, no descansaremos hasta que hayáis recobrado vuestros derechos. Solamente hay un lugar para los alemanes: al lado del mundo libre.» Después de estas palabras, acaso más trascendentales que las anteriormente transcritas, las siguientes: «Nuestra meta es una Alemania libre y unida en una Europa libre y unida.»

Así, el Canciller quiso significar no tan sólo que está dispuesto a proseguir en su tarea unificadora, sino afirmar que tal unión sólo puede ser realidad alcanzada libremente; ello no puede en modo alguno considerarse compatible con una inclinación hacia el Este, en cuyo sector de Europa no impera la libertad. Así se propugna de modo indirecto la necesaria desconexión de la Alemania oriental respecto de la U. R. S. S. ¿Cómo puede alcanzarse tal seccionamiento? Únicamente a través de unas elecciones rodeadas de toda suerte de garantías. Ahora bien, si nos parece innegable que todos los alemanes, con impresionante unanimidad, sueñan con su reunificación, ¿quiere ello decir que existe la misma aquiescencia en lo que atañe a definir cómo ha de ser esa nueva Alemania? ¿Integrada, como sugiere Adenauer, en el mundo libre? ¿Desentendiéndose del dilema Este-Oeste y optando por su inclusión en ese neutralismo que se ha iniciado al ser concluido el Tratado de paz con Austria y que ahora quiere ampliarse mediante la visita de Bulganin a Belgrado? ¿Es que no existe en la Alemania federal un poderoso sector de opinión perceptiblemente atraído por la tesis de la desconexión respecto del mundo libre y el satelitizado, y otra inclinación que ambiciona convertir a Alemania en base de la tan reiteradamente invocada coexistencia pacífica? ¿No podría todo ese estado difuso de opinión encontrar eco en unas elecciones convocadas para decidir del futuro alemán en lo que atañe al modo de dar significado a la apetecida reunificación de aquel país? En los medios occidentales se ha considerado lo que hay de posibilidad en ese riesgo. Nosotros, por hoy, nos limitamos a señalar el peligro llamando la atención de cuantos espectadores se obstinan en no valorar debidamente cuanto hay de complejidad en el modo de plantearse el problema alemán en los instantes presentes. A los que sufren achaque de simplificación sistemática van dedicadas las siguientes consideraciones, complemento y reiteración dialéctica de las precedentes.

Lo que constituye sustancia de la citada proclama no es sólo

la invocación a la libertad realizada en nombre de todos los alemanes, tanto del Este como del Oeste, sino el anhelo, clara y reiteradamente expresado, de que «juntos con el mundo libre no descansaremos hasta que hayáis recobrado vuestros derechos», y de que hay un lugar predestinado para todos los alemanes «al lado de los pueblos libres»; de ahí el objetivo que se asigna: «una Alemania libre y unida en una Europa libre y unida.» Este conjunto de afirmaciones coincidentes permite inducir una serie de consecuencias: Primera. Que la libertad de la Alemania del Este no existe en la actualidad, ya que se alude a los alemanes «sin libertad ni justicia»; ambos bienes pueden reconquistarse de dos modos: o desprendiendo de Rusia a la Alemania oriental o desconectándose ambas Alemanias del Este y del Oeste para erigir una nación autónoma, sin ligamentos ni pactos de alianza con terceras potencias. Lo primero nos parece difícilmente realizable, ya que Rusia no se avendría a renunciar a los beneficios que le reporta su actual situación fáctica. La segunda posibilidad no significaría otra cosa que el extender a lo que pueda ser el IV Reich el sistema de la neutralización inaugurado en Austria. Ahora bien, esa supuesta neutralización aplicárase a una Alemania nuevamente integrada o habría de traducirse en una neutralidad desarmada, lo cual convertiría a la futura Alemania en una nación sin más protagonismo que el meramente teórico. Si se construye lo que habrá de ser el IV Reich, lo suficientemente poderoso, sería dable hacer frente a cualquier posible agresión. Pero a una Alemania a la cual de tal modo se le limitase su libertad de acción en el orden internacional no sería una nación soberana, ya que no merece la calificación de tal el Estado al cual se le desprovee de uno de sus esenciales atributos: concluir libremente pactos de alianza. Si a lo aducido se agrega que no es fácil eliminar repentinamente de la esfera internacional lo que Alemania representa como actor de primer plano desde hace cerca de un siglo, se comprenderá cuánto hay de absurdo en ese propugnado marginalismo que algunos quisieran asignar a la Alemania del futuro.

No se olvide, por otra parte, que ahora está más a la moda que en ningún período de estos años postbélicos la tesis del coexistencialismo pacífico, como lo evidencia el propósito de reunir a los denominados cuatro grandes para decidir si ese coexistencialismo es algo más que un mero señuelo o un adecuado artilugio que serviría a ciertas propagandas. Lo único evidente es esto: en

tanto exista el alejamiento, de diez años de vigencia, que distancia el Este del Oeste, persistirá la división de Alemania, símbolo específico de aquel dilema.

Si, contra lo que suponemos, y por más de un motivo, se llega a la articulación de una fórmula coexistencialista, lo que nos parece evidente es que los cuatro grandes no pueden determinar el destino del pueblo alemán sin contar con la participación activa y el pleno asentimiento de aquél, y ello exigiría, como ya hicimos notar, la celebración de unas elecciones auténticamente libres, tanto a un lado como a otro del telón de acero. Si en cualquier sentido las elecciones han de ser prefabricadas, nada se habría adelantado. Si se realizan con toda escrupulosidad, ¿sabe nadie cuál pueda ser la orientación predominante en el pueblo alemán? ¿No es posible —repetimos una vez más— que triunfe la tesis del desentendimiento (el famoso *slogan* del *Ohne Uns*)? ¿Cuál sería la consecuencia de una tal opción inhibitoria? Nos parece imprescindible tarea la de señalar esas posibles derivaciones.

Desde que la política internacional norteamericana, a contar del período final de la Administración Truman, se orientó hacia una creciente positividad, hemos conocido dos manifestaciones de tal inclinación: la inicial, reflejada en el sistema de la *contención*, y la posterior, aún en período inicial, denominada de manumisión creciente (*rollback policy*). La primera no es más que una versión de la política del *statu quo* en lo que a la expansión rusa atañe; si en cierto modo dicha tesis representaba un beneficio para Rusia, ya que indirectamente se le garantizaba la vigencia de sus actuales ventajas fácticas, también implicaba la fijación de un límite a la expansión, directa o indirecta, del actual imperialismo ruso. La segunda es más ambiciosa por el elemento dinámico que porta en sus entrañas y por el designio que la vitaliza (hacer que Rusia, tras enriquecerse con la adición coercitiva de los pueblos colindantes, abandone progresivamente las posiciones conquistadas, retrotrayéndose a sus fronteras de 1939). Una y otra política internacional se malogrará, ya que una Alemania neutralizada no sólo convertiría en inoperante el sistema de la *roll-back policy*, sino que afectaría de modo igualmente sustancial a la vigencia de política de contención, habida cuenta de que una Alemania neutralizada no sería otra cosa que una nación potencialmente destinada a ingresar en la inmensa área del mundo satelitizado en beneficio de Rusia. Eso que no escapó a nuestra bien limitada capacidad de pene-

tración, suponemos no haya pasado inadvertido a los ojos de los alemanes, no adormecidos por el opio del neutralismo.

Si el acuerdo entre los cuatro grandes no llega a establecerse o, si ultimado, éste se fía más a la omnipotencia de los vencedores que a la adhesión libremente consentida del pueblo alemán, el problema seguirá constituyendo una innegable realidad; y así planteada la cuestión, acaso ello signifique para Alemania la aparición de un dramático problema: desligarse a la vez del Este y del Oeste y propugnar de ese modo la puesta en práctica de una especie de neutralismo en lo que a la unificación de Alemania atañe.

Todos esos supuestos no encierran la misma posibilidad de verosimilitud, ya que nos parece inesperado que tras esas reiteradas alusiones al mundo libre contenidas en la proclama de Bonn, se considere como factor indiferente el estar adscrito a uno u otro de los dos mundos situados más acá y más allá del telón de acero, y la neutralidad, como norma equidistante respecto de dos valores tan diferentes, como lo son el mundo libre y el satelizado, nos parece implicar de modo indirecto la instalación de un término medio a todas luces indefendible.

El problema al cual se intenta dar actualmente solución es, como hemos dicho, realidad inquietante desde 1945, y lo innegable es que Rusia, afirmada sobre las posiciones que actualmente ocupa, tiene a su alcance dos soluciones que pluralmente favorecen a la U. R. S. S.: o prorrogar indefinidamente el actual estado de cosas, prolongación que equivale a vitalizar la interinidad que la Europa occidental viene padeciendo, o procurar la solución del problema de acuerdo con la versión específica de la U. R. S. S.; lo primero equivaldría a la prolongación de la *guerra fría*; lo segundo supondría para Rusia una nueva victoria; en ambos casos saldría beneficiada la tesis de Moscú.

BANDUNG, COMO FRUTO POSTBÉLICO

La conferencia de Bandung pudiera rotularse como la asamblea en cuyo seno los respectivos delegados representan masas humanas ingentes, tanto en lo que concierne al orden dimensional (29 naciones de Asia y Africa), como en lo que atañe a su significación demográfica (los delegados representaban a una masa humana de 1.400 millones de habitantes). Conjunto aún más im-

presionante por su variedad que por su inmensidad numérica, ya que Bandung no ofreció un modo básicamente coincidente de encarar los problemas internacionales. Ideológicamente considerada, la adscripción de los participantes muestra signos visibles de discrepancia que pueden repartirse en tres sectores desiguales en número: 1.º Naciones que pugnan por incluirse en un sector equidistante respecto del gran dilema postbélico, vinculado a la antítesis Washington-Moscú; este sector, que intenta articularse constituyéndose en la denominada tercera fuerza y en el seno del cual asoman dos naciones con aspiraciones dirigentes (Egipto respecto del mundo árabe, y la India en lo que se refiere a Birmania e Indonesia), precisamente por su inclinación discrepante, es el que despierta mayor interés; 2.º Estados que pueden incluirse en el área del mundo comunista, pertenecientes, en medida más o menos acentuada, al mundo satelitizado, como China, Vietnam y Corea del Norte; 3.º Países a tendencia claramente occidentalista conectados entre sí por pactos de alianza o que, sin haber ingresado en coaliciones, no ocultan su inclinación favorable al denominado mundo libre (Liberia, Etiopía, Costa de Oro, Turquía, Irak, Irán, Afganistán, Pakistán, Siam, Camboya, Vietnam, Filipinas y el Japón). Conjunto el reseñado que, como el lector puede percibir, resulta ser acentuadamente heterogéneo, pero que en su mayoría constituye un inmenso bloque truncado por soluciones de continuidad. Con estos datos básicos a la vista es posible ofrecer una visión de conjunto respecto de lo que significa esa mastodónica reunión celebrada en tierras de Indonesia; no es otro el propósito por nosotros perseguido al consignar seguidamente un conjunto de apreciaciones calificativas.

El Presidente indonesio, Sukarno, al inaugurar la conferencia de Bandung, dijo, entre otras cosas, lo que sigue: «Esta es la primera conferencia intercontinental de pueblos de color en la historia del mundo», añadiendo después que los países reunidos en tierras indonésicas estaban unidos «por una común repudiación del colonialismo en cualquier forma que se manifieste», completando sus alegaciones con una mención de tipo cuantitativo al asegurar que 1.400 millones de afroasiáticos «pueden demostrar a la minoría del mundo que vive en los otros continentes, que nosotros, la mayoría, estamos con la paz y no con la guerra, y que cualquier fuerza que tengamos se inclinará siempre del lado de la paz». Estas manifestaciones, y los propósitos que encubren, por ex-

plicable asociación de ideas nos transportan a un período histórico que fuera realidad en los años subsiguientes a la primera guerra mundial. Entonces ya asomaba, aun cuando imprecisa y tímida-mente, la inclinación tendiente al logro de la manumisión de los pueblos sometidos. La Europa de aquella época no valoró adecuadamente toda la relevancia que implicaba aquel despertar, impreciso y difuso, de los pueblos coloniales y aferrada a la práctica de un plurisecular metropolitanismo, creyó posible distribuir los restos del Imperio colonial alemán ocultando la operación particional tras el sistema de los mandatos coloniales reflejado en el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de las Naciones. A lo que el planteamiento del problema implicaba a la sazón, no se le asignó toda la trascendencia que incuestionablemente encerraba. Sólo excepcionalmente algún pensador prestó atención a lo que aquella inclinación representaba como síntoma de inquietud de un mundo irredento. Recordemos, a este propósito, el libro de M. Turet, traducido al castellano con el título *El ocaso de las naciones blancas*, cuyo contenido cobra ahora renovada actualidad.

También en los años subsiguientes a la terminación de la guerra 1914-1918 asistíamos a la aparición de una poderosa y espectacular ofensiva anticolonialista, desplegada por la U. R. S. S. y cuya primera manifestación nos fuera ofrecida al reunirse en Bakú —5 de diciembre de 1920— el Congreso de los pueblos orientales, asamblea en la cual ocupara puesto destacado Zínovief al decir: «La verdadera revolución arderá cuando los centenares de millones de seres humanos que pueblan el Asia vengan a nosotros. Depende únicamente de los pueblos de Oriente decidir la lucha final entre el capital y el trabajo.» Aquello aspiraba a ser algo así como una especie de *guerra santa* declarada al colonialismo europeo. Desde entonces ha corrido mucha agua bajo los puentes de todos los ríos del mundo, y el sucederse de los acontecimientos ha implicado, entre otras consecuencias, una que, por su contenido paradójico, no sería prudente silenciar: la Rusia anticolonialista de Bakú ha terminado por practicar el más condenable de los colonialismos; aludimos a ese colonialismo de nuevo cuño, al satelitismo, que no opera sobre pueblos rudimentarios y políticamente atrasados, sino que implica la esclavitud impuesta a naciones otrora soberanas e independientes, a las cuales se impone un sistema de mutismo tal que las sitúa en condiciones de inferioridad respecto de pueblos auténticamente coloniales, a los cuales les resta por lo

menos el recurso de que su voz sea oída en los cinco mundos y en los siete mares, en tanto toda exteriorización de malestar que asome en los países satelitizados se considera como delito de sabotaje y desviacionismo y es implacablemente yugulada. Es esta una de las grandes contradicciones en que ha incurrido la U. R. S. S. y no aducida en esta gran polémica entablada en torno al grave problema colonialista.





Veintinueve naciones afroasiáticas han intentado encontrar un punto de común coincidencia que les permita alinearse tras un programa fundamental por todas ellas compartido. Es en esa posibilidad de acción concorde donde radica todo lo que puede haber de eficiencias en reuniones como las de Bandung. Una vez que establecemos contacto con este aspecto del problema, un examen desapasionado del mismo nos conduce a una conclusión cuyas premisas han sido consignadas en líneas anteriores: la heterogeneidad imperante en ese informe conglomerado de 1.400 millones de habitantes. Una relación sumaria de los elementos de dispersión susceptibles de ser registrados en el seno de ese mundo cuantitativamente tan importante, puede proporcionar a los lectores de esta REVISTA orientación para después consignar deducciones que no carecerán de trascendencia. Entre los delegados que un día se reunieron en Bandung, la heterogeneidad es evidente no sólo en lo que atañe a su respectiva inclinación ideológica, sino en lo que afecta a los tratados que los conectan a naciones no representadas en la asamblea afroasiática y respecto de cuyas naciones, al margen de la citada reunión, quiere desencadenarse una imprecisa y genérica ofensiva. Pakistán, Ceilán y la India, son elementos integrantes de la Comunidad de Naciones Británicas, conexión que en tanto continúe siendo realidad limitará necesariamente su respectiva libertad de acción. China está unida a Rusia por el Tratado de alianza y asistencia mutua signado en Moscú el 14 de febrero de 1950, y abstracción hecha de que Rusia ha sido incluida en el área hostil del hombre blanco, debe tenerse en cuenta que la citada alianza, si aparentemente ha servido para convertir en realidad inicial la famosa tesis de Mackinder del *Mundo-Isla*, no es menos cierto que a medida que se suceden los acontecimientos se pone claramente de manifiesto cómo a Rusia se le ha planteado un grave problema determinado por la acción de China, nación que rebasando peligrosamente el papel de instalador de guerras locales que Rusia le había asignado —actividad que los ingleses denomi-

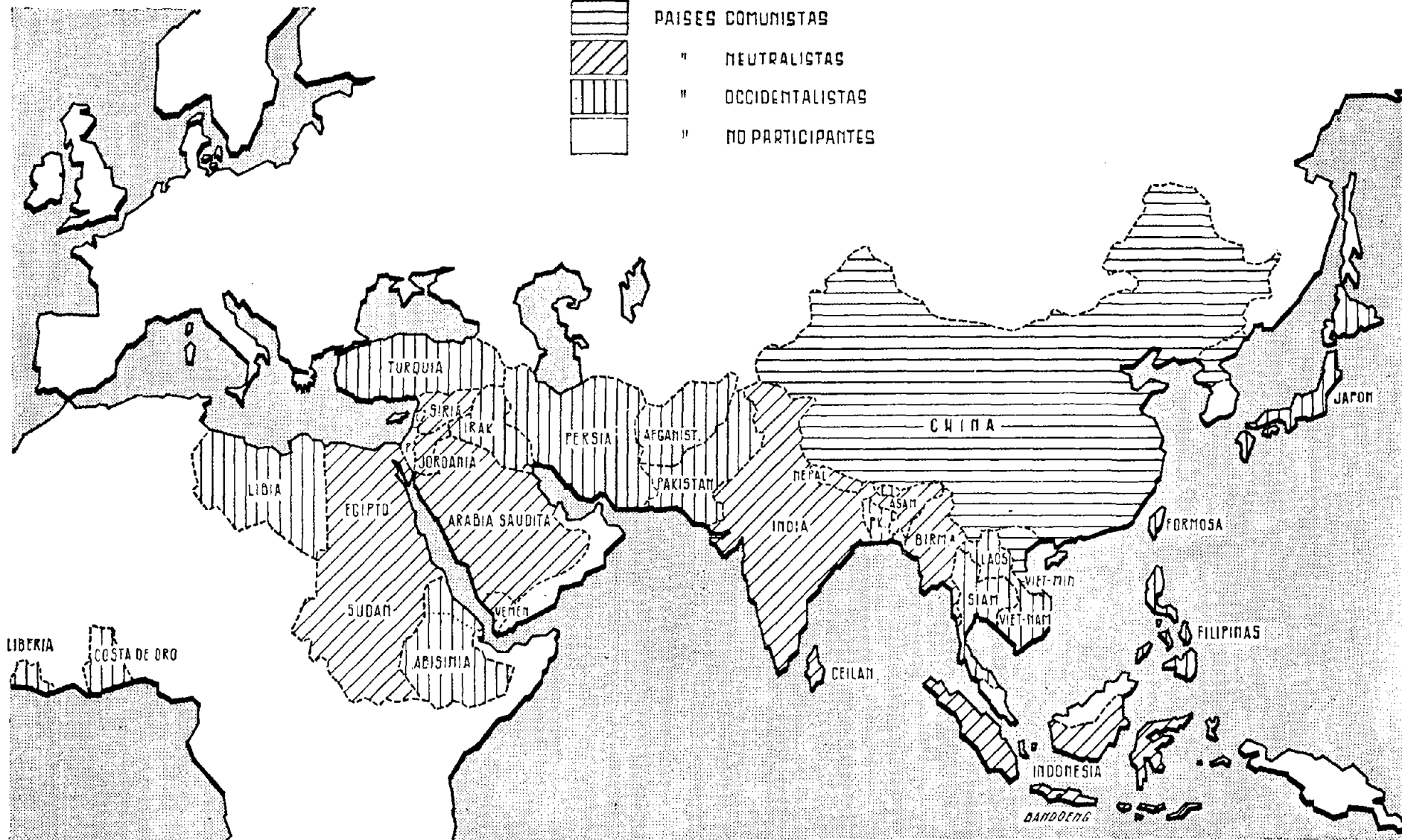
nan técnica de *wars by proxy*—, está adentrándose en actividades que pudieran implicar un fenómeno de extensión bélica incompatible con el sistema ruso de guerras limitadas y sostenidas sin la aparente intervención de la U. R. S. S.

No debe olvidarse que en Bandung han estado presentes delegados de Turquía, Pakistán e Irak, unidos entre sí por un tratado de alianza que al establecer entre sí determinados deberes, en la misma proporción limita su respectiva libertad de acción respecto de acciones extensivas, tal y como en forma vaga e imprecisa se formularon en Bandung. Al propio tiempo sería inadecuado no tener presente lo que significa el asomo de un fenómeno que, si nominalmente ha hecho primero su aparición en los medios occidentales europeos, ha revestido acaso forma más tangible en amplios sectores del mundo asiático, y que se traduce en una implícita disidencia que es conveniente considerar debidamente.

Si no genéricamente en la India, por lo menos en lo que atañe al partido acaudillado por el Pandit Nehru, se registra una propensión que ha sido calificada como aspiración tendente a instaurar en el mundo asiático lo que se denomina una «tercera fuerza». El proceso genésico que ha posibilitado la entrada en escena de tal inclinación es, sustancialmente, el que sigue: dentro del ámbito de estos pueblos afroasiáticos se aprecia claramente la existencia de dos tesis no ya distintas, sino incluso antitéticas: una comunista o criptocomunista; otra abiertamente opuesta a todo cuanto signifique inscribirse en la dilatada área del llamado mundo satelitizado o bloque del imperialismo proselitista. Es decir, que el mundo afroasiático, o por lo menos una parte del mismo, no deja de acusar el reflejo de la tesis dilemática Washington-Moscú, de tan innegable beligerancia en el mundo posbélico, que acaso por ninguna otra ha podido ser superada en posibilidades de protagonismo. Entre la tesis y la antítesis se ha tratado de incrustar lo que denominaríamos sector de las naciones interpuestas, propugnadoras de un extraño neutralismo, posición de aparente desentendimiento, pero que en realidad persigue como finalidad el alcanzar un protagonismo de disensión. Como a tal inclinación, por lo menos hasta el presente, no se la proveyó de un contenido constructivo y positivo, resultará ser tal inhibición, seguro de que la antítesis entre dos mundos planteada de modo inevitable desde 1945, lejos de atenuarse se prolongará en el orden del tiempo, ya que una posición de equidistancia no puede ser realidad sin la preexis-

CONFERENCIA DE PUEBLOS DE COLOR, EN BANDOENG

-  PAISES COMUNISTAS
-  " NEUTRALISTAS
-  " OCCIDENTALISTAS
-  " NO PARTICIPANTES



tencia de dos términos opuestos y respecto de los cuales quiere mantenerse una idéntica lejanía. Si constituye, pues, la antítesis el elemento nutricional de la *tercera fuerza*, será preciso deducir que el neutralismo, más que eliminar tiende a prolongar en el orden del tiempo la antítesis Washington-Moscú.

No quisiéramos en modo alguno que el lector de esta REVISTA dedujese que el autor de los presentes comentarios pretende sentar una tesis aparentemente lógica, a saber, que los elementos de dispersión reseñados son anticipo cierto de que lo de Bandung a nada concreto puede conducir. Nada más lejos de nuestro ánimo: existe una vigente ansiedad en el mundo representado en Bandung y no sería deseable que esa aspiración, al liberarse de lo inconcreto, no conociese otro epílogo que el de la desilusión más o menos acentuada. Queremos decir que se ha asignado beligerancia a un problema, y como la cuestión planteada no es artificiosa, pese a la complejidad de que es portadora y no obstante las incógnitas e incluso las contradicciones que alberga en su seno, ello no debe inclinarnos a sentar conclusiones no exentas de peligrosidad, como serían aquellas que consistiesen en desentendernos de una cuestión planteada y que, tarde o temprano, ha de dar testimonio de su poder de repercusión respecto a ese sector del mundo que hasta el presente ha monopolizado el protagonismo, primer plano que otros quieren compartir e incluso modelar, sin que les falten títulos para respaldar tal aspiración. Si es cierta la tesis de Toynbee, del reto y la réplica, no cabe duda que ahora nos encontramos en la fase replicante, que hasta el presente sólo conocida en su fase inicial, acaso en un próximo futuro señale a los pueblos colonialistas que han sonado irremediablemente en el reloj de la Historia las campanadas anunciando el próximo sepelio del colonialismo y del metropolitanismo.

LOS DOS BLOQUES Y LA COEXISTENCIA PACÍFICA

Abstracción hecha de los reparos que pudieran ser opuestos a la tesis que se desarrolla en el presente epígrafe —y nos tememos no han de ser pocos— es dable pensar que se formule una objeción en cuanto afecta al modo de enunciar este subtítulo. Se hace mención en el mismo de la existencia de dos bloques, y esa plural

alusión indica que para el autor existen dos bloques, a uno y otro lado del telón de acero, y que ambos responden a la condición de tales, y es aquí donde podría hacer su aparición el primer reparo; si por bloque, en el orden internacional, se entiende el constituido por una serie de Estados prácticamente integrados en una organización superior y ello por un acto de libre voluntad, en tal caso diríamos que ni en el Este ni en el Oeste es dable hablar de bloques; no en el Occidente, por cuanto la denominada Europa séxtuple, al reemplazar el tratado de 27 de mayo de 1952 por los protocolos y acuerdos de Londres y París de 1954, incurrió en auténtico delito de deserción respecto del problema de su deseable y hasta el presente malograda integración; no en el Este, ya que en aquel sector del mundo se aprecia carencia de un acto constitucional voluntario, excluido inevitablemente como consecuencia de la implacable satelitización a que Rusia condenó a Polonia, Tchecoeslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Bulgaria, Rumania y Albania. Resta otra versión respecto de lo que consideramos como política internacional de bloque, y en este sentido parece lícito formular la siguiente apreciación: se percibe más fortaleza en el sedicente bloque oriental que en el constituido por la Europa séxtuple, ya que en aquél no existen fisuras porque en el seno del mismo no se admite nada que se asemeje a la más leve discrepancia, en tanto del lado de acá del telón de acero, aun después de constituida la Unión Europea Occidental, no por ello se eliminaron las disidencias existentes en el seno de ese amplio sector del mundo libre, desavenencias que tanto afectan a la organización de la Europa occidental y que contrastan con la estructura monolítica propia de los pueblos más o menos drásticamente fundidos y laminados.

No nos dejemos seducir por las apariencias, ya que a nuestro entender, situando frente a frente un monolito y un tratado de alianza, el segundo encierra más posibilidades de perdurabilidad que el primero por cuanto, aun cuando ambos tienen un destino inevitablemente episódico, no debe olvidarse la más acentuada y más biológica cohesión del tratado de alianza, producto de un previo acuerdo de voluntades, reflejada en una acción coincidente en horizontalidad, en tanto el sistema monolítico es el fruto específico de una imposición que no admite otra cosa que la sumisión incondicionada de los satélites al astro nuclear.

Nos parece adecuado no desdeñar las consideraciones prece-

dentes ahora que frente a la Unión Europea Occidental y como reacción respecto de tal constitución se impuso en Varsovia un sistema monolítico, cuyo objetivo no parece ser otro que impedir en Europa el establecimiento de un sistema que no excluya totalmente la vigencia de un posible equilibrio político. Las fuerzas coaligadas en presencia han de medirse, por lo que al problema de su eficiencia atañe, aún más que con arreglo a un criterio numérico, ateniéndonos a sus respectivas posibilidades simbióticas, y en tal sentido el factor voluntariedad y libre determinación juegan un importante papel, elemento de aglutinación más perceptible en el Oeste que en el telón de acero.

Lo que precede en relación con la estructura respectiva de los dos bloques citados.

LO QUE PRECEDE EN RELACIÓN CON LA ESTRUCTURA RESPECTIVA DE LOS DOS BLOQUES CITADOS

Resta ahora considerar el otro factor del problema: aludimos a la tan reincidentemente invocada coexistencia pacífica. De la misma se ha erigido en vocero el Mariscal Bulganin al afirmar «que la pacífica coexistencia entre sistemas sociales distintos constituye la piedra angular de la política internacional soviética». Queriendo proveer la citada tesis de la compatibilidad de dos mundos de elementos permanentes, y al propio tiempo evidenciar que tal versión no es fruto de una ocasional improvisación ni instrumento al servicio de una necesidad táctica, Bulganin insistió en la defensa de la tesis de la compaginación al agregar «que el principio invariable de la política exterior soviética es el leninista de la coexistencia entre los distintos sistemas sociales». Ambas afirmaciones se complementan y son propugnadas para evidenciar que esa invocación a la coexistencia constituye algo más que una cita de carácter aleatorio. Con ese antecedente a la vista en cuanto elemento de valoración, estimamos imprescindible intentar su adecuada fijación y su posible consistencia dialéctica.

Indudablemente, Lenin, impulsado por la proyección de su propio realismo, no podía substraerse a la evidencia de que la revolución de 1917 instaurando el comunismo en Rusia abría un nuevo y complejo proceso histórico que no era posible ignorar, por ser portador de todo el peso propio de la evidencia. El pro-

blema así generado debía encararse en cuanto cuestión próxima y remota; no era posible alcanzar *per saltum* la comunicación del mundo, pero esa imposibilidad de inmediata ecumenización no excluía la necesidad de encarar el problema con vistas a un más o menos dilatado porvenir, y es a propósito de esta interrogante donde Bulganin no pisa terreno dialécticamente firme, ya que su versión leninista del coexistencialismo la estimamos no sólo discutible, sino recusable, por cuanto el supuesto coexistencialismo leninista no es más que un mero episodio irrelevante si se considera en conexión con las aspiraciones últimas de la U. R. S. S., ambición encaminada a extender, sin límites en el espacio, el imperialismo proselitista de Moscú. Esto que pudiéramos denominar fatalismo extensivo de Rusia lo desprendemos de interpretaciones que consideramos como parte integrante de lo que pudiéramos denominar auténtica ortodoxia leninista. Es Lenin quien ha dicho, como se consigna en el *Corto manual de Historia* en uso en los establecimientos de enseñanza rusa: «Con el objeto de evitar la intervención, el cerco capitalista debe ser destruído.» Además, el intérprete máximo del leninismo, Stalin, escribió respecto del problema que estamos considerando —la coexistencia pacífica— lo que sigue: «La existencia de la República soviética en relación con los Estados capitalistas, durante un prolongado espacio de tiempo, es inverosímil. Uno u otro deben vencer finalmente. Antes de que tal fin advenga, una serie de colisiones entre la República soviética y los Estados burgueses es inevitable». El propio Stalin añade: «El objeto de nuestra estrategia es ganar tiempo, desmoralizar al enemigo y acumular fuerzas con objeto de desencadenar la ofensiva».

Conocidas esas acotaciones, la deducción única y posible es la siguiente: Bulganin, en Varsovia, al afirmar lo que dejamos reseñado, ha incurrido en claro delito de heterodoxia.

Es posible que alguien pueda reprocharnos una supuesta malicia dialéctica, alegando, en apoyo de tal reparo, algo parecido a esto: pese a la versión staliniana de que la revolución de 1917 no puede ser superada y menos aun sustancialmente alterada, es lo cierto que estamos percibiendo una evidente fluidez dialéctica en lo que respecta a la enunciación de puntos básicos de la dialéctica soviética, dándose la paradoja de que los dirigentes soviéticos, tan inclinados a reprochar a otros delitos de desviacionismo, en ocasiones son ellos los que se apartan de las rutas ortodoxas y son los ex-

comulgados los que se atienen a la práctica de normas principales. Consideramos que la observación no es desdeñable y que una atenta consideración de la misma puede iluminar debidamente nuestra tarea exegética. Digamos cómo.

Bulganin, al firmar el tratado que instaura lo que se ha denominado OTAN del Este, anunció su propósito de presentar ante las Naciones Unidas un proyecto tendente a lograr la limitación de los ejercicios, reduciendo los de Rusia, China y Norteamérica a un millón y medio de hombres y los de Francia e Inglaterra, conjuntamente, a un millón cien mil soldados. ¿Qué designos persigue Rusia al sugerir esa drástica poda de efectivos militares? Contestar debidamente a tal interrogante aconseja consignar una serie de consideraciones.

José Stalin, en lo que podemos considerar como su testamento político (el artículo publicado en la revista *Bolchevik* en octubre de 1952), construyó una tesis que pretende apoyar sobre una afirmación básica: son mucho más acentuadas las contradicciones que se registran en el seno del mundo capitalista que las existentes entre este último y el comunista, y como Stalin creía al propio tiempo en lo inevitable del proceso de descomposición en marcha del mundo capitalista, la lógica staliniana parecía conducirnos, indefectiblemente, a la siguiente conclusión: así como el árabe opta por sentarse a la puerta de su morada para ver pasar el cadáver de su enemigo, no otra cosa resta como táctica a la U. R. S. S. Sin embargo, no debe encerrar esa aparente fortaleza lógica tal interpretación, desde el momento que comprobamos cómo el mismo abogado de la tesis de la inevitabilidad de la descomposición del mundo capitalista trató de acelerar ese proceso, para lo cual manipuló esa serie compleja de elementos disociadores, tales como la guerra fría, la paz fría y las ofensivas de paz. Si tal tesis es portadora de elementos lógicos, la conclusión a sentar no puede ser más que la siguiente: a medida que nos vamos alejando del año de 1945, en la misma proporción debió acentuarse el proceso de descomposición del mundo capitalista, pero la experiencia de los diez últimos años parece evidenciar lo contrario, ya que el mundo libre nunca fué tan poderoso (desde la imprudente desmovilización que acordara en 1945) como en la actualidad. Con regateos y podas le fué dable al mundo occidental poner en vigor el tratado de la Unión Europea Occidental, que evidentemente sirvió para alterar, atenuándolo, no sólo el desequilibrio fáctico, sino, extremo más trascendente, el desequi-

librio dialéctico. Esta versión, que por salir de nuestra pluma pudiera ser tildada de exageradamente occidentalista, son los hombres de Moscú los que, por vía indirecta, aceptan su exactitud, ya que, hasta el presente, Rusia —no sin títulos para ello— venía reteniendo en sus manos la iniciativa en lo que atañe a la modelación de la política internacional postbélica; pero ahora la iniciativa parece haber sido capturada por el mundo occidental, habida cuenta de que Bulganin, en su discurso inaugural de Varsovia, hizo constar: «Esta conferencia, destinada a elaborar un programa de ayuda mutua y un mando militar unificado, era necesaria, porque la ratificación del rearme occidental es un hecho». La denominación misma que se asigna al tratado de Varsovia, rotulándolo como la OTAN del Este, confirma y refuerza la tesis anterior. ¿Quiere ello significar que el mundo libre, tras haber avanzado en el camino que puede aproximarle a la reinstalación de su plurisecular protagonismo, está ahora en condiciones de iniciar un diálogo con Moscú, como un acto más dentro del sistema del coexistencialismo? Nada se opone, en principio, a la iniciación del propuesto diálogo, pero dialogar no es conceder, sino determinar hasta qué punto puede establecerse un acuerdo de cierta vigencia. Parece que ya no se escuchan en el reloj de la historia las campanadas, inciertas y azarosas, del mundo occidental; ello no quiere decir que el cielo diplomático aparezca ahora totalmente despejado, pero en lo concerniente a las naciones occidentales, parece haber sido superado el ciclo de la angustia y de la constante emergencia. Es aconsejable no desdeñar sistemáticamente intentos de posible coexistencia, pero no según la versión moscovita, sino de acuerdo con la interpretación del mundo libre.

CAMILO BARCIA TRELLES